

CAPITULO 1

Tú y el Perdón

¿Qué harías tú, si por circunstancias adversas o por malas inversiones te encontraras endeudado con una persona por diez millones de dólares? ¿Podrías comenzar a buscar el dinero para pagarle?, y si como resultado, tu vida y la de tu familia fueran amenazadas, ¿qué pasos darías para salvarles? En tu desesperación podrías entregarte a la misericordia de tu acreedor, prometiéndole que de alguna manera, algún día, le pagarías todo, a sabiendas los dos, de que esto no sería posible.

Pero de repente, el hombre te mira con lágrimas y ojos de compasión y te dice: (imagínate escuchando estas palabras) . . . “Vete, tu deuda está perdonada, eres libre”. ¡Diez millones de dólares cancelados así no más! ¡Cuán agradecido estarías! ¿Podrían las palabras expresar el gozo que llenaría tu corazón y que cambiaría tus lágrimas por gritos de júbilo?

De seguro inmediatamente tú perdonarías todas las deudas a los que te debieran. ¿Qué acerca de ese vecino que hace meses te pidió prestados veinte dólares? ¡Veinte dólares!, te reirías . . . ¡“Eso no es nada! Vete hermano, tú no me debes absolutamente nada, quiero que seas tan libre como yo”.

Esto suena realmente como una fantástica

historia, ¿no es cierto? Sin embargo, hace muchos años fue escrita en el evangelio de San Mateo, capítulo 18; sólo que yo he cambiado la parte final, pero la manera como realmente sucedió es esta:

Mateo 18:23. "Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos.

24. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos.

25. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda.

26. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.

27. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda.

28. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios, y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes.

29. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.

30. Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda.

31. Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado.

32. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste.

33. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?

34. Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía.

35. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.

El rey que hace cuentas con sus siervos representa a Jesucristo. Y, ¿quién es ese primer sirviente? Ese somos tú y yo. Mateo 18:24 dice que el sirviente o siervo tenía una deuda de diez mil talentos, lo cual equivale hoy a diez millones de dólares. Esto representa la gigantesca deuda que tenemos con Dios. La primera parte del versículo 25 dice: "A éste, como no pudo pagar . . .". Cuando miramos la deuda de pecado que tenemos, todas las cosas malas que hemos hecho o pensado, cómo Dios nos ha soportado, amado y perdonado una y otra vez, es como si tuviéramos una deuda de diez millones de dólares, que es imposible que podamos pagar. "A éste, como no pudo pagar", describe exactamente nuestra condición. No hay ninguna manera cómo podamos pagar el precio de nuestro pecado. No hay ninguna manera cómo podamos merecer el perdón. Por el contrario, tú y yo merecemos el infierno. Ni siquiera llegando a ser esclavos de Dios, podríamos pagar tal deuda.

Entonces el Señor, de acuerdo al versículo 27, fue movido a misericordia, lo dejó libre y le perdonó la deuda. Esto nos habla del Calvario. Desde el cielo Dios miró hacia abajo y nos amó tanto, a ti y a mí, que perdonó todas nuestras deudas en la cruz del Calvario, simplemente porque nos amó.

Después de que Jesús fue clavado en la cruz, la Escritura indica que estuvo colgado allí por seis horas. Durante las tres últimas horas, desde el mediodía hasta las tres, el cielo se tornó negro y se rehusó a brillar. Al mediodía El

gritó, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Jesús miró hacia arriba y se dio cuenta que su comunicación con Dios había sido cortada, y ahora estaba separado, estaba distanciada. El, quien nunca pecó, quien nunca tuvo un pensamiento sucio o una mala intención, quien nunca pecó en pensamiento, palabra u obra, miró hacia arriba y Dios no estaba. ¿Puedes tú imaginar lo que sería haber estado en comunión con Dios, como Jesús lo estuvo, y después mirar hacia arriba y ver que El ya no estaba? En ese momento, todo nuestro pecado, nuestra podredumbre y suciedad, todo lo malo que habíamos hecho, estaba puesto sobre Jesús, y por eso Dios ya no podía mirar a Su Hijo. Por tanto Jesús clamó a gran voz con este conmovedor grito: "Elí, Elí, ¿Lama Sabactani?" . . . "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Dios no podía mirar sobre nuestro pecado, sobre Su Hijo, y la comunión de Jesús con Su Padre había sido rota. Ahora estaba condenado. El grito más horrible que jamás haya sido proferido desde la tierra, fue el de Jesús al pronunciar esas palabras. Hasta los ángeles debieron temblar con horror al mirar al Hijo de Dios colgado entre el cielo y la tierra, separado y condenado por causa de nuestro pecado. La Escritura narra este hecho en Gálatas 3:13: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado de un madero)". Jesús fue condenado por nuestros pecados. Fue hecho maldición, para que nosotros no fuésemos hechos maldición. Fue condenado, para que nosotros no fuésemos condenados. El murió para que nosotros pudiésemos vivir. Esta es la razón por la que podemos ser perdonados, y no

dugos.

Yo puedo imaginar a Jesús después que terminó de referir la historia, volteándose hacia Pedro, mirándole directamente a los ojos y diciéndole, “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas”.

¿Qué quería decir Jesús, cuando dijo en el versículo 35: “Así también”? ¿Así también qué? Jesús dijo que el rey entregó a los verdugos al siervo que no quiso perdonar. Entonces El dice: Así también tú serás entregado a los verdugos por mi Padre.

Nuestra iglesia tenía un confuso problema: nosotros predicábamos la Palabra, creíamos en el poder sanador de Jesús, imponíamos las manos sobre los enfermos —pero los resultados eran bastante desalentadores. Aunque algunos recibieron su sanidad, como resultado de nuestras oraciones, la mayoría no encontró ninguna libertad de sus tormentos físicos. Un preocupado grupo de miembros de nuestra iglesia, buscamos al Señor por medio de ayuno y oración durante unos meses, acerca de esta situación. Aunque esperábamos que Jesús nos iba a guiar y a aconsejar por medio de Su Palabra, específicamente sobre la sanidad o sobre la oración eficaz, El nos sorprendió llevándonos directamente al tema del perdón. Sus palabras, escritas en la última parte de la parábola de Mateo 18, nos dieron la respuesta a nuestro dilema.

“Su señor, enojado, *le entregó a los verdugos o atormentadores* hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas”.

¿Esta Escritura te parece muy remota en

cuanto a la sanidad se refiere? Miremos unos versículos más atrás en Mateo y consideremos la enseñanza del Señor. Mateo 18 nos habla de la pregunta que Pedro le hizo a Jesús un día: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí”? Pedro pensó que sería generoso al decir: ¿“hasta siete veces”?

El Señor le contestó: “Pedro, no te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete”. Esto es cuatrocientas noventa veces. Si tú perdonas a alguien este número de veces, llegas a tener el hábito de hacerlo. Jesús no está diciendo que después de cuatrocientas noventa veces debemos dejar de perdonar, pues esta es Su manera de decir: “Continuamente”.

¿Cuáles son los verdugos o atormentadores a quienes Dios nos entregará si no perdonamos a nuestros hermanos de todo corazón? Estos son: nervios, jaquecas, insomnio, ataques cardiacos, úlceras, colitis, etc. Y ninguna persona —ni predicador, ni sanador, nadie— puede hacer la oración de fe por nosotros para ser sanados, *si no perdonamos*, porque es el Padre quien nos ha entregado a los atormentadores. Jesús no puede quebrantar Su Palabra, la cual nos dice que la falta de perdón resultará en que seamos entregados a los atormentadores o verdugos.

Una señora que escuchó el programa radial de nuestra iglesia, llamó y dijo: “Yo tengo bocio”, ¿podría usted orar por mi sanidad”?

Le contesté: “Está bien, oraré por usted ahora mismo, en el teléfono”. Y dije: “Bocio, yo tomo autoridad y dominio sobre usted en el nombre de Jesucristo el Hijo de Dios. Le ordeno que la suelte y la deje libre, ahora mismo, en el nombre de Jesús”. Cuando dije esto, un demonio me habló. (El don de discernimiento de espí-

ritus incluye la habilidad para escuchar o ver en el mundo espiritual). Todavía puedo escuchar lo que él dijo con tono imponente y alevoso: “Yo no la dejo ir; ella tiene odio en su corazón”. Entonces dejé de reprender y comencé a orar en el Espíritu, e inmediatamente el Señor me dijo: “Suegra y cuñada”.

Entonces le pregunté: “¿Hermana, usted tiene odio en su corazón hacia alguna persona de su familia”? Ella dijo, “Sí, hacia mi suegra y mi cuñada”, y luego nombró a un tercer familiar.

Yo continué: “Oremos de esta manera: (fíjate en la Trinidad) Padre, en el nombre de Jesús, por medio del Espíritu Santo, coloca en mi mente los nombres de aquellas personas a quienes tú ves que necesito perdonar, aquellos hacia los cuales tengo resentimiento, amargura, o falta de perdón”. Le pedí que orara por cada uno individualmente: “Padre, así como tú me perdonaste sin merecerlo, yo también perdono a fulano de tal, merézcalo o no, en el nombre de Jesús”.

Mientras ella oraba, tuve una visión en mi mente, o probablemente sería mejor decir, una visualización. Ví un cilindro de brillantes cromado como de plata. Miré dentro de éste y ví el interior lleno de suciedad. Mientras ella nombraba a las personas y las perdonaba, el cilindro se fue limpiando progresivamente. Finalmente había dos manchas en uno de los lados y otra en el fondo. Entonces le dije: “Hermana, le faltan tres nombres más”. Nombró otras dos personas, y las manchas de los lados desaparecieron. Y le dije: “Falta uno y está en lo profundo de su corazón”. Ella respondió, “Sí, yo sé quién es, y lo perdono a él también en el nombre de Jesús”, y la última mancha desapareció quedando el

cilindro completamente limpio.

Entonces dije: "Ahora, les ordeno, espíritus de resentimiento, de amargura, de odio, de falta de perdón, y a usted bocio en el nombre de Jesucristo, suéltela y déjenla libre". Ella dijo: "Me siento enferma, voy a vomitar", y colocando el teléfono sobre la mesa, corrió al baño y vomitó y fue instantáneamente sanada.

Este incidente ilustra un principio que el Señor nos mostró que tenía que ver mucho con la sanidad, el cual es verdaderamente simple. ¡Usted no puede sanar a un demonio! Puede sacarlo, o expulsarlo, pero no puede sanarlo.

La primera vez que me di cuenta de esto fue después de predicar en una reunión de los Hombres de Negocios del Evangelio Completo, en Emporia, Kansas, E.U.A. Un hombre a quien le habían crecido hongos vino a mí. Oré por él y pedí al Padre en el nombre de Jesús que lo sanara. Mientras yo daba la vuelta para irme, Dios me habló y me dijo: "Eso es un demonio". Yo parpadeé, estaba sorprendido y maravillado; casi no podía creerlo, y volviéndome hacia el hermano le dije: "Yo creo que eso es un demonio". El me contestó: "Yo sé que lo es". Eso también me sorprendió. Lo reprendí y salió al momento. Lo mismo sucedió por lo menos con otras doce personas, quienes fueron liberadas instantáneamente de varias alergias, tales como sinusitis y asma. ¡Esto era maravilloso!

Aquella noche mi ministerio cambió. Volví a la iglesia que pastoreaba en Kansas City, y le conté a mi rebaño lo que había descubierto.

Una de mis hijas era alérgica al chocolate desde su nacimiento. Con sólo comer un pedazo de dulce de chocolate, o tomar medio vaso de leche con chocolate, se le agrietaba toda el área

del brazo y la muñeca. Si eliminábamos de su dieta el chocolate por algunos meses, dicha área se limpiaba quedando siempre una mancha. Entonces, cuando los otros tres niños estaban tomando leche con chocolate, o comiéndose una barra de éste, ella decía: “¿Puedo comer un poco también”? “Bueno, cariño, puedes comer pero sólo la mitad”. Al comerla volvía otra vez a agrietársele la piel y aparecía una gran mancha. Siempre ocurría lo mismo.

Mi esposa y yo habíamos orado por su sanidad y habíamos pedido a los ancianos de la iglesia que oraran por ella, pero nada había sucedido.

Después de la reunión en Emporia dije a toda mi iglesia: “Por lo general las alergias son demonios, que usted debe echar fuera”. Por lo tanto, al hacer la invitación, mi hija pasó adelante. Dije: “Usted alergia al chocolate, en el nombre de Jesucristo, le ordeno ahora mismo, que la suelte y la deje libre”. Ella tosió involuntariamente y el espíritu salió. Al cabo de tres días el área de su brazo y su muñeca estaba completamente limpia.

Desde ese día, hace más de cinco años, solamente una vez le volvió a ocurrir, aunque ha comido chocolate en todas las formas que su corazón desea. Una mañana, cerca de un año después de su liberación, entró en la cocina y dijo: “Papi, otra vez hay una pequeña mancha”. Yo dije: “No, usted no Satanás. Suéltela en el nombre de Jesús”. Tosió de nuevo y fue limpia en el transcurso de un día. Desde ese momento nunca más ha vuelto a repetirse esa situación.

Nosotros no debemos detenernos a juzgar si una enfermedad es o no un demonio, puesto que tenemos autoridad sobre ambas cosas. Así que no debemos decidir cuál de las dos es, pues

todo lo que tenemos que hacer es llamarla por su nombre y decir: "Alergia, le ordeno que salga de esta persona en el nombre de Jesús". En ese momento la alergia suelta a la persona y ésta es sanada.

Lucas 4:38 y 39 nos dice que cuando Jesús fue a la casa de la suegra de Simón, ésta tenía una gran fiebre". Nos dice que Jesús "reprendió" esa fiebre. Eso es lo que nosotros debemos hacer con la enfermedad, reprenderla. Debemos ser firmes contra esto, y ordenarle que se vaya de la propiedad de Dios.

Cuando mi hermano y su esposa estaban viviendo en Fort Riley, Kansas, E.U.A., un joven soldado se entró por la ventana a la habitación de ellos mientras dormían. Mi hermano se despertó y vio al soldado esculcando sus pantalones. Tuvo miedo, pero se sentó en la cama y cerrando su puño gritó con voz chillona: ¡"Usted se va de aquí ahora mismo". El soldado, asustado, saltó por la ventana.

Eso es precisamente lo que nosotros debemos hacer con el diablo; pues él es un transgresor. Si eres salvo, eres un templo del Espíritu Santo y Satanás no tiene ningún derecho para caminar en la propiedad de Dios. Toma autoridad sobre él, no toleres más lo que él hace, y dile: "Váyase de aquí en el nombre de Jesús".

Mucha gente se ha confundido pensando que si llama a esto un demonio, quiere decir que la persona está poseída por demonios. Pero no es así, puesto que el hombre es un ser trino, creado a la imagen de Dios —tiene un cuerpo, una mente y un espíritu. Tú puedes tener un demonio aligiendo tu cuerpo aun cuando estés caminando con Dios en la luz que El te ha dado.

Yo creo que la sinusitis es un espíritu in-

mundo. Pues sólo puedo recordar a través de todo mi ministerio a una persona que no fue instantáneamente curada de un problema de sinusitis cuando éste fue reprendido ordenándole para que se fuera en el nombre de Jesús. Conozco preciosos y amados creyentes llenos del Espíritu Santo, quienes han tenido problemas de sinusitis sin haberse apartado del Señor. Desde ningún punto de vista estaban “poseídos por el demonio”, pero un espíritu atacaba sus cuerpos y cuando se le dijo, que se fuera en el nombre de Jesús, se fue. No podía escoger, tenía que irse.

Los dolores de cabeza también pueden ser causados por demonios. Un caso interesante, claramente involucrado con el principio de autoridad sobre demonios y el principio del perdón, fue el de un demonio que atormentaba con un dolor de cabeza. En una ocasión mientras predicaba en un campamento de retiro, cerca del Canadá, vi a una mujer que estaba vestida de blanco, y el Señor me dijo: “Ella tiene jaquecas; ora por su sanidad”.

Entonces le dije: “Hermana, usted tiene jaquecas”.

Sorprendida ella lo confirmó: “Tiene razón, ¿cómo lo supo”?

Yo le respondí: “El Señor me lo dijo, venga”. Y ordené: “Jaqueca, en el nombre de Jesús suéltela y váyase a las profundidades”.

Entonces ella moviendo su cabeza dijo: “Se fue. Alabado sea el Señor”. Esa mujer había estado agonizando por semanas con una constante jaqueca. A la mañana siguiente a la hora del desayuno me dijo que la jaqueca había vuelto otra vez.

“Bueno, pues se va a ir otra vez”, le contesté, y dije: “Jaqueca, yo tomo autoridad sobre

usted en el nombre de Jesús, suéltela ahora mismo". Nuevamente movió la cabeza y me dijo que ya se había ido. Pero media hora más tarde volvió y me dijo que el dolor de cabeza había vuelto. Entonces le dije: "Hermana, hemos estado orando por el síntoma, pero ahora vamos a buscar la causa. Después del almuerzo venga con mi esposa a nuestro camarote". Ella era viuda de un predicador. Después de ver Mateo 18, le pidió a Dios que le diera los nombres de aquellas personas a quienes debía perdonar. Esto le tomó dos horas y media, pues nombró entre doscientas y trescientas personas cuya mayoría eran miembros de la iglesia, que los habían herido, decepcionado, desalentado y criticado o habían hablado en contra de ellos. Las heridas y las llagas se habían acumulado, y como resultado tenía que tomar píldoras para las jaquecas y para los nervios. Pero mientras estaba en el proceso de perdonar a cada una de esas personas, fue instantáneamente sanada, y nosotros ni siquiera tuvimos que orar por ella. La jaqueca había sido forzada solamente a salir, para luego volver después de un corto tiempo; pero su sanidad fue segura y completa solamente cuando su corazón fue limpio por el perdón.

Satanás tiene muchas maneras para tratar de camuflar el odio. Por eso nosotros debemos estar continuamente alerta para evitar ser engañados por un simple truco como es el de cambiarle los nombres a las cosas con las etiquetas. Una vez vino a nuestra iglesia una mujer alemana que había estado donde cada uno de los predicadores del evangelio completo, del pueblo. Había escuchado acerca de mí y pensó que posiblemente yo tendría un poquito más de "fe y poder" que cualquiera otra persona. (Esa es una

costumbre común entre la gente del evangelio completo —van de predicador en predicador, esperando encontrar a uno que realmente tenga el poder, que sea capaz de hacer la oración de fe).

Ella me dijo: “He tenido cuatro grandes crisis nerviosas”. Entonces le dije: “miremos a Mateo 18”. Después de que le expliqué la parábola del siervo que no quiso perdonar, me dijo en un inglés pobre: “Yo no tengo falta de perdón. La causa de mi problema es la vida tan dura que tuve que pasar durante la Primera y Segunda Guerras Mundiales”. Hasta lo atribuyó a algo hereditario.

Le dije: “Hermana, yo he orado por lo menos con dos mil personas en todos los Estados Unidos en los últimos cinco años y todo esto sucede por falta de perdón”.

Pero ella insistió: “No hay nadie a quien yo no haya perdonado”. ¿Qué podía hacer yo? No valía la pena argumentar. Entonces, le dije: “Hermana, le voy a decir esto: Usted ama al Señor, ¿no es verdad”? Dijo que sí, y continué: “¿Si le faltara perdonar a alguien, estaría dispuesta a perdonarlo”? “Pues por supuesto”, contestó.

“Dejémoselo simplemente al Espíritu Santo”, le sugerí, y estuvo de acuerdo. Le pedí que repitiera conmigo: “Padre, en el nombre de Jesús, si hay alguna persona con la cual tengo resentimiento, amargura, sentimientos, heridos u odio, pon su nombre en mi mente, y yo la perdonaré ahora mismo”. Le pregunté que si tenía algún nombre y dijo: “No, no, solamente veo caras”.

“¿Qué quiere usted decir”? le pregunté.

“Veo en mi mente el pueblo donde viví en Alemania y en la plaza hay una multitud de t-

dos mis conocidos y yo odio a cada uno de ellos". Tomó más de dos horas para que esta mujer, quien "no tenía que perdonar a nadie", nombrara a todas las personas y perdonara a cada una individualmente.

En otra ocasión, mientras aconsejaba a otra señora, ésta me dijo: "Yo no tengo resentimiento hacia ninguno". Pero el Espíritu Santo me dijo: "Ella lo llama sentimientos heridos".

Entonces le pregunté: "¿Qué de los sentimientos heridos"?

Me contestó: "Cientos de personas me han herido". El diablo había cambiado "las etiquetas" para que estuviera fuera de convicción. Pero ella perdonó a su padre, a su madre, a su esposo, a sus hijos, y de ahí toda una lista. Cuando terminó de perdonar, el poder de Dios fluyó dentro de ella y fue instantáneamente sanada.

El Espíritu de Dios es amor y el amor no puede fluir —el Espíritu de Dios no puede fluir— cuando estamos llenos de odio. El odio lo impide. Dios quiere derramar Su Espíritu sobre nosotros, sanarnos y hacernos completos; pero El no puede hacerlo si lo detenemos con amargura, resentimiento, odio, heridas, llagas y sentimientos heridos acumulados a través de los años. Normalmente la persona con quien yo he orado recibe entre cincuenta y quinientos nombres, a quienes debe perdonar. Nosotros hemos visto a cientos de personas que han dejado de tomar tranquilizantes después de haber perdonado a *todas las personas* que Dios les ha mostrado que debían perdonar.

Si alguien me dice que está nervioso, le invito a que miremos Mateo 18 y pasamos por el principio del perdón. Puede que se necesiten una, dos o tres horas, pero cuando terminamos,

muchas veces ni siquiera tenemos que orar por la sanidad de la persona, porque ya tiene la paz de Dios y es feliz. Por lo regular la persona dice: "Estoy libre".

Muchos casos son trágicos. En el estado de Missouri, una mujer de cuarenta años, que estaba tomando treinta y dos píldoras al día, y yendo donde diferentes doctores me llamó para que orásemos por ella. Al imponerle mis manos, el Señor me dijo: "Ocho años de edad". Entonces le pedí que me dijera qué le había sucedido cuando tenía ocho años, y me dijo, que su hermano mayor, la había molestado y había tratado de abusar de ella sexualmente.

Le pregunté si estaba dispuesta a perdonarlo, y me dijo que él ya estaba muerto. Entonces le dije: "Eso no importa, el resentimiento todavía está vivo".

Entonces pronunciando el nombre de él dijo: "Yo te perdono en el nombre de Jesús. Así como Dios me perdonó sin merecerlo, yo también te perdono, merézcalo o no". Después de esto comenzó a llorar y yo sentí físicamente la paz de Dios descender sobre ella. Luego le pregunté: "Hermana, ¿se siente liberada"? y me contestó que sí. Había sido liberada de tranquilizantes.

Una niña de ocho años difícilmente puede ser seducida. Pero ahí estaba una inocente mujer que había sufrido cuarenta años porque el diablo había implantado una raíz de amargura dentro de ella, por no haber perdonado.

Un día estaba orando con un hombre, y el Señor me dijo: "Hace siete años". Le pregunté qué había sucedido hacía siete años, y él me dijo: "Nada". "El Espíritu Santo no es mentiroso", le dije. ¿"Qué sucedió hace siete años"?

Nuevamente él insistió que nada había sucedido. Entonces le dije: "Usted me dice la verdad en el nombre de Jesús". Y tan duro como pudo gritar dijo: ¡"Lo odio"! Hacía siete años su esposa había cometido adulterio con un hombre a quien él no había perdonado. Le dije que tenía que perdonarlo.

Y dijo: "El no merece ser perdonado".

Entonces mirándole a los ojos le dije: "Usted tampoco merecía ser perdonado". A nosotros se nos he perdonado una deuda de diez millones de dólares. Dios nos ha amado, soportado, y perdonado una y otra vez. Entonces qué otra cosa podemos hacer sino perdonar y amar a los demás?

Un día mientras visitaba a una conocida, me dijo que estaba tomando tranquilizantes. Entonces le dije: "Hermana usted me ha escuchado predicar sobre esto, y sabe qué hay detrás de esos nervios".

"Sí", dijo ella, "Y yo sé a quién odio. Es a mi suegro, y seguiré odiándolo".

"Bueno, entonces usted tendrá que seguir tomando sus pastillas", le dije. Aquel día ella estaba en un estado en el que no quería arrepentirse, pero unos días más tarde oró y lo perdonó. Entonces sus nervios se calmaron y dejó de tomar tranquilizantes.

Ahora, ¿estás comenzando a saber por qué mucha gente no es sanada? Porque es entregada a los atormentadores a causa de su falta de perdón. Notemos cómo el diablo me dijo ese día: "Yo no puedo dejarla ir". El conocía sus derechos de acuerdo con la Escritura. *El diablo sabe si tiene la base legal para atacarte y atormentarte.*

Cuando mi esposa Delores y yo comenza-

mos a orar por la liberación de una persona, comenzamos dirigiéndonos a ese atormentador en particular. "Suéltela y déjela libre en el nombre de Jesús". Si esto no da resultado, entonces cambiamos nuestro punto de vista y vamos a Mateo 18. Sabemos que es realmente imposible liberar a una persona que tenga odio en su corazón. El odio es un portero, es el hombre fuerte. Después de que la persona entiende el mensaje del perdón y ora específicamente haciendo de él una experiencia práctica, entonces ordenamos a los espíritus de resentimiento, amargura, y falta de perdón para que salgan, y las otras cosas saldrán también.

La Naturaleza de tu Problema

Si tú perdonas a todos, todas las cosas, desde tu infancia hasta el presente, lo único que quedará en tu corazón será amor.

Un día Dios me habló y me dijo: "Nunca tendrás amor más grande que el perdonar a alguien que no merece ser perdonado, porque esto es lo que mi Hijo hizo por ti en la cruz". Supuestamente los cristianos debemos estar llenos del amor de Dios, sin embargo, guardamos resentimientos e irritaciones hasta con nuestros amigos más cercanos. Amor es perdonar. Nosotros mostramos el amor de Jesucristo cuando oramos como El oró en la cruz, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Dios es amor. Satanás es odio. Nosotros hemos predicado en contra de fumar, bailar y tomar —y yo no creo que se deba practicar ninguna de estas tres cosas, pero ¿cuándo has escuchado un sermón acerca del resentimiento? La verdad es, que nos preocupamos por las cosas de menor importancia.

La verdadera naturaleza del diablo es odio; la verdadera naturaleza del pecado es odio; la verdadera naturaleza de tu problema es odio, amargura, resentimiento, envidia, malicia, sentimientos heridos, etc. Si tú quieres ser totalmente libre y lleno del Espíritu Santo —si quieres ser sano en tu espíritu, cuerpo y mente— debes arrodillarte y pedirle al Padre en el nombre de Jesús que te dé los nombres de aquellos a quienes debes perdonar. Puede que te tome dos, tres o más horas, pero debes orar específicamente por cada nombre que Dios te dé y escoger el perdonar de la misma manera como tú has sido perdonado, sea que ellos lo merezcan o no. ¡No hagas esta oración de afán!

Después de treinta días de haber predicado acerca del perdón en una iglesia del evangelio completo, la gente decía: “Todavía Dios está tratando conmigo sobre ese sermón”. Era una iglesia llena de amargura, donde se proclamaba la Biblia. Eso es triste. ¿Ves? Nos engañamos a nosotros mismos si decimos que estamos llenos del Espíritu Santo y al mismo tiempo odiamos a nuestra esposa, nuestro hijo, nuestra madre o nuestro vecino. A mí no me interesa si alguien te estafó, te fue infiel, o te decepcionó cuando confiabas en él; pero si no lo perdonas *te va a costar caro*. Te costará tu salud mental, tu salud física y tu bienestar espiritual.

Puede que estés pensando, “Pero, esto es salvación por medio de obras y no de gracia”. No, no es así, porque si tú eres realmente salvo, amarás porque tienes la naturaleza de Cristo. Ahora tienes más luz— porque antes no habías visto esto. Ahora tienes más responsabilidad. Ahora tienes que orar.

Entonces debes decir: “Padre, en el nom-

bre de Jesucristo por medio del Espíritu Santo, pon en mi mente los nombres de aquellas personas que tú ves desde mi niñez hasta hoy, que yo necesito perdonar". Una señora me dijo que un tío había venido a su mente. Le pregunté qué le había hecho él y me dijo que cada vez que ella lo veía, él le hacía cosquillas que no lo podía aguantar, pues era una tortura. El problema puede ser tan insignificante como hacer cosquillas, pero sea lo que sea, tú debes perdonar a esa persona.

El Predicador No es Exento

Cuando Dios me mostró la verdad sobre el hecho de no perdonar, estaba convencido de que no había nadie a quien yo no hubiera perdonado. No soy una persona que guarda rencores y me sentía seguro de que no tenía resentimientos guardados. Sin embargo, oré: "Padre, sólo por si de pronto tengo algo, pon en mi mente los nombres que veas que necesito perdonar". Ocho nombres vinieron a mi mente tan rápido que mi cabeza dio vueltas. ¡Qué choque tan terrible!

El primer nombre era el de una líder de jóvenes de una de las iglesias que antes había pastoreado. Ella fue responsable de promover el baile entre los jóvenes, estuvo a punto de dividir la iglesia. Me causó más problemas que un tonel de micos. Cuando el Espíritu Santo me dio su nombre, me sentí clavado. Dios me tenía colgado en la pared, no había salida. Entonces dije: "Padre, en el nombre de Jesucristo yo perdono a _____", y pronuncié su nombre. (¡Siempre debes pronunciar su nombre!). "Así como tú me perdonaste, yo la perdono sea que ella lo merezca o no".

Al día siguiente la ví con su esposo en un

almacén, me le dirigí directamente, la saludé y pude charlar con ella. ¡Qué gozo tan grande poder sentir el amor de Dios fluyendo de mí hacia ella y no ese resentimiento corrosivo!

Otro nombre que recibí fue el de un hombre que estafó a mi madre en más de la mitad de los ahorros de su jubilación, pues él se declaró en bancarrota.

El nombre de la realidad es amor. Si tenemos alguna cosa en contra de alguien de nuestra familia, nuestro vecindario, nuestra iglesia, aun desde nuestra infancia y sentimos algo entre el espíritu de esa persona y el nuestro, entonces debemos orar y sacar de nosotros ese resentimiento y amargura. Debemos orar hasta que tengamos perfecto amor para cada persona en el mundo. Entonces *cuando el amor fluya*, como Dios es amor, *el Espíritu de Dios fluirá*. Y, cuando el Espíritu fluye, vienen la sanidad y la liberación.

Revelación Sin Secretos

En todo el país encuentro gente a quien Dios le ha hablado de este mismo asunto, gente que no tiene ninguna relación conmigo, pero que tiene una relación personal con Jesús y El les ha hablado del mismo tema que me ha hablado a mí.

Una pequeña viejita con cáncer por quien se había orado muchas veces y no había sido curada, le pidió un día a su esposo que la llevara a su pequeña cabaña y la dejara allí. “Voy a ayunar y a orar por tres días, y luego tú vas por mí”.

Dios le habló a ella diciéndole: “Saca todo el odio que hay en tu corazón desde tu infancia”. En esos tres días ella buscó en su corazón y per-

donó a cada persona, luego fue sanada instantáneamente del cáncer. Como ves, es el odio que entorpece el fluir del Espíritu. El odio puede impedir que una persona reciba sanidad.

Otro ejemplo: Una mujer que había escuchado nuestro programa radial nos llamó diciendo: "Hermano Ernesto, a mí me pusieron una maldición de magia negra". "Bueno, eso no es problema para la sangre de Jesús", le contesté. "Usted debe estar de acuerdo conmigo". Después dije: "Usted, maldición de magia negra, rompo su poder en el nombre de Jesús por la sangre del Cordero".

Unos días después ella volvió a llamar y dijo: "No resultó".

Yo le dije: "Algo anda mal, voy a orar otra vez".

Como a los tres días llamó otra vez diciendo: "Hermano Gruen, tampoco resultó".

Entonces le dije: "Hermana, la Biblia dice: Resistid al diablo y huirá de vosotros. Tiene que haber algo malo para que usted se resista a ser liberada". Entonces comencé a orar en lenguas para recibir discernimiento, y después dije: "¿Quiere saber realmente cuál es su problema? No es magia negra".

Ella dijo: "Oh, sí es magia negra".

Yo le contesté: "No, no lo es. ¿Quiere que le diga la verdad? La pondrá furiosa". Dios me había dado la palabra de conocimiento.

Ella dijo: "No, yo no me pondría furiosa con un siervo del Señor". (Y en verdad no lo hizo).

Le dijo: "Usted tiene amargura en su corazón hacia familias enteras. ¿No es verdad"?

Se impresionó y confesó: "Es verdad". Y me preguntó si iba a orar por ella.

“Yo perdería mi tiempo a menos que usted haga algo primero”. Y le dije cómo debía orar por el perdón. Después le dije: “Cuando termine de nombrar a todas las personas en oración perdonándoles, entonces yo iré a orar por usted”.

Una semana después llamó y dijo: “Hermano Gruen, me tomó cinco días el recordar y decir todos los nombres. Sé que tenía que perdonar a más de quinientas personas tanto vivas como muertas”.

Si tú no has orado todavía de esta manera, necesitas hacerlo. Si estás sufriendo de jaquecas, puedes ser liberado. Si tienes tensión nerviosa, sin duda es porque guardas amargura y resentimiento en tu corazón. Esto es tan claro como puedo decirlo. No te sientas como si fueras el único pato en el estanque. La gente con quien te encuentras todos los días está en el mismo bote contigo, en la misma situación; esto es si por supuesto, todavía no ha orado y perdonado de esta manera.

El Poder de la Oración

Jesús dijo: “Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis y vendrá”. ¡Esto es orar con poder! Pero Jesús no había terminado de hablar todavía y continuó diciendo: “Y cuando estéis orando, perdonad . . .”. Si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre os perdonará (Marcos 11:23-26). ¿Sabes por qué no tienes poder en la oración? O-D-I-O: resentimiento y amargura.

Cuando ores puede ser que el primer

